

¿Influyen las experiencias adversas infantiles en el comportamiento antisocial y altruista durante la adultez emergente?

Aitana Gomis-Pomares
apomares@uji.es

Lidón Villanueva
bvillanu@uji.es

Resumen

El hecho de vivir experiencias o eventos negativos en edades tempranas (niñez y adolescencia) se ha relacionado con la aparición de diferentes consecuencias conductuales negativas en edades más tardías. Por ejemplo, se ha visto que algunos comportamientos antisociales específicos, como estar implicado en la delincuencia juvenil o la persistencia en el crimen, están relacionados con experiencias infantiles adversas (ACE). Sin embargo, en comparación con la conducta antisocial, muy pocos estudios han abordado la relación existente entre las ACE y la conducta altruista. Por lo tanto, el objetivo del presente estudio fue examinar la posible influencia de las experiencias adversas infantiles en el comportamiento social durante el periodo de adultez emergente (conducta antisocial y altruista concretamente). La muestra del estudio estuvo formada por 490 jóvenes con edades comprendidas entre 18 y 20 años, con una media de 18,90 años (DT=0,77). Todos ellos completaron voluntariamente una serie de cuestionarios de autoinforme: experiencias adversas en la infancia, la escala de comportamiento antisocial y la escala altruista. Los resultados mostraron que, en los modelos de regresión lineal, las ACE eran fuertes predictoras de las conductas antisociales. Además, algunas ACE específicas (el abuso físico en el comportamiento antisocial y la negligencia emocional en las conductas altruistas) produjeron un efecto diferencial y significativo. La prevención o detección temprana de las ACE durante la infancia podría contribuir a disminuir los patrones de comportamiento inadaptados y a aumentar los altruistas durante la edad adulta emergente y la edad adulta.

Palabras clave: experiencias adversas en la infancia, comportamiento antisocial, altruismo, adultez emergente, impacto diferencial.

Abstract

The experience of facing negative events in early ages (childhood and adolescence) has consistently been linked to different negative outcomes in later ages. For example, some specific deviant behaviors such as juvenile justice involvement or persistence in crime have been found to be related to adverse childhood experiences (ACEs). Nevertheless, in comparison to deviant behavior, very few studies have focused on the link between ACE and altruistic behavior. Therefore, the objective of the present study was to examine the possible influence of adverse childhood experiences in the social behavior exhibited in emerging adulthood (deviant and altruistic specifically). The study population consisted of 490 community youth adults between the ages of 18 to 20 years, with a mean of 18.90 years (SD=0.77). All of them completed self-report questionnaires on a voluntary basis: the Adverse Childhood Experiences questionnaire, the Deviant Behavior Scale, and the Altruistic Scale. Linear regression models found that ACEs were strong and positive predictors of deviant behaviors. Moreover, some specific ACEs (physical abuse for deviant behavior, and emotional neglect for altruistic conducts) yielded a differential and significant effect. The prevention or early detection of ACEs during childhood could contribute to diminish maladaptive patterns of behavior and to increase altruistic ones during emerging adulthood and adulthood.

Keywords: Adverse Childhood Experiences, Deviant Behavior, Altruism, Emerging Adulthood, Different Impact.

Introducción

Las experiencias adversas durante la infancia (ACE) se definen como aquellas experiencias traumáticas en las cuales se incluye el abuso sexual, físico o emocional, la negligencia emocional o física, así como circunstancias familiares adversas que se produjeron durante la infancia o la adolescencia. Los estudios muestran que las experiencias adversas tienden a ser frecuentes y coexistentes: 2/3 de la población ha sufrido al menos una antes de los 18 años y más del 10 % ha vivido 5 o más (Bellis Lowey, Leckenby y Hughes 2014; Felitti et al. 1998). En general, las experiencias adversas son más comunes en niños menores de 6 años que en niños mayores (Thompson et al. 2015). Los resultados obtenidos por Kerker et al. (2015) indican que casi todos los niños entre 18 y 71 meses de edad (98,1 %) han sufrido al menos un evento adverso y el 50,5 % ha vivido 4 o más. En promedio, la primera exposición a las ACE ocurre al año y medio de edad (Dong et al. 2004). Una vez que un evento adverso ocurre en la vida de un niño, la probabilidad de tener ACE adicionales aumenta significativamente, razón por la cual se abre una cadena de riesgos tempranos.

Por esta razón, diferentes estudios han ido enfatizando cada vez más la importancia que tienen las experiencias tempranas para la salud de las personas a lo largo de su vida (Felitti et al. 1998; Hughes et al. 2017; Murphy et al. 2014). Las personas que tienen experiencias adversas durante la infancia o la adolescencia tienden a tener más problemas de salud física y mental en la edad adulta que las que no tienen ACE. En este sentido, todos los avances en este campo llevan al supuesto teórico de que la adversidad infantil está fuertemente ligada al deterioro social, emocional y cognitivo y a

la adopción de conductas de riesgo para la salud que promueven una amplia gama de resultados negativos: enfermedad precoz, discapacidad, problemas sociales e incluso muerte temprana (Felitti et al. 1998; Hughes et al. 2017). Estas conductas de riesgo, como el abuso de alcohol y drogas, o las conductas antisociales pueden actuar como amortiguadores de la situación negativa a corto plazo, para disminuir los niveles de estrés causados por dicha experiencia. Por tanto, las conductas antisociales, así como las conductas no altruistas, se pueden considerar como estrategias de riesgo que conducen a resultados negativos como problemas sociales, implicación en delitos, encarcelamiento, etc.

Por un lado, el comportamiento antisocial se puede conceptualizar como aquel que viola las normas y valores de la sociedad, incluyendo una amplia gama de actos como el robo, la mentira o las agresiones. La definición incluye conductas antisociales que son consideradas como delito, así como actos que no están sujetos a sanciones de la justicia penal, tales como la disrupción (Braga, Gonçalves, Basto-Pereira y Maia 2017; Kazdin 1992). Por otro lado, el comportamiento altruista es un concepto que involucra acciones humanas para el beneficio de los demás (Eisenberg 2014). Este concepto se englobaría dentro del comportamiento prosocial que consiste en una amplia categoría de acciones que son definidas por la sociedad como generalmente beneficiosas para otras personas y para el sistema político existente (Piliavin, Dovidio, Gaertner y Clark 1981).

Según la *Integrated Cognitive Antisocial Potential (ICAP) Theory* de Farrington (2017), la experiencia de maltrato infantil y adolescente así como el hecho de convivir con familias problemáticas, modelos antisociales, padres o compañeros delincuentes o haber vivido experiencias traumáticas son factores que promueven un comportamiento antisocial a largo plazo. De la misma manera, según Sampson y Laub (2003), estar expuestos a situaciones adversas como la pobreza o vivir en entornos familiares tóxicos favorece la aparición de un comportamiento delictivo futuro. Por ejemplo, un niño educado en un ambiente familiar negligente recibirá poco afecto, una baja supervisión familiar (ya sea en educación, en salud, en higiene o en otro contexto), así como un descuido por parte de los tutores legales. Debido a dichas prácticas negligentes de paternidad, la probabilidad de que esta persona establezca un vínculo social pobre es mayor, lo que representa el aspecto central del comportamiento delincuente (Sampson y Laub 2003). En esta línea, se ha encontrado que la implicación o persistencia de un menor en la justicia de menores en la delincuencia (Basto-Pereira, Miranda, Ribeiro y Maia 2016; Craig 2019; Dierkhising et al. 2013) está relacionada con haber vivido experiencias infantiles adversas. Además, las ACE no solo aumentan la posibilidad de implicación en el sistema de justicia juvenil, sino que aumentan el riesgo de reincidencia (Baglivio et al. 2014).

Aparte del efecto acumulativo de las ACE, también podemos enfocarnos en la contribución diferencial de cada ACE específica a la adopción de conductas de riesgo. Widom y Maxfield (1996) realizaron uno de los primeros estudios para abordar la relación entre el maltrato infantil y la conducta antisocial. Los resultados indicaron que los niños que fueron víctimas de abuso físico o negligencia tenían casi el doble de probabilidades de ser arrestados por delitos violentos durante la edad adulta. Los mismos resultados fueron encontrados por Piquero y Sealock (2000) en una población de jóvenes delincuentes que también abusaban de sustancias. Mientras tanto, otros estudios encontraron que haber sufrido abuso físico y tener familiares en prisión son los dos predictores más significativos de la implicación en la delincuencia (Baglivio et al. 2014; Basto-Pereira, Miranda, Ribeiro y Maia 2016; Fox, Perez, Cass, Baglivio y Epps 2015). Así pues, el abuso físico aparece como el predictor más consistente del comportamiento antisocial, ya sea en menores (Braga, Gonçalves, Cunha, Basto-Pereira y Maia 2017) o en adultos jóvenes (Braga, Cunha y Maia 2018). Sin embargo,

la investigación sobre el impacto diferencial de las ACE no se ha estudiado en la misma medida que el impacto acumulativo de estas.

En comparación con el comportamiento antisocial, muy pocos estudios se han centrado en la relación entre las ACE y la conducta altruista (Music 2011). Cuando se llevan a cabo estos estudios, se encuentran dificultades de empatía en niños maltratados físicamente durante la infancia (Margolin y Gordis 2000). Otros estudios se centran principalmente en las víctimas de maltrato infantil que no muestran secuelas negativas graves y, por lo tanto, son resilientes. Una de las múltiples características personales que puede promover esta resiliencia es el altruismo (Mrazek y Mrazek 1987). Por lo tanto, sería importante indagar de una forma más detallada sobre la relación entre las ACE y el altruismo. En general, identificar de forma temprana las experiencias adversas durante infancia resulta fundamental para prevenir futuras conductas antisociales y fomentar las conductas altruistas.

Como se ha visto, los estudios anteriores coinciden en el hecho de que el impacto que tiene el efecto acumulativo de las ACE en desarrollos posteriores es muy importante a largo plazo (Felitti et al. 1998). Por ello, la mayoría de los estudios han analizado la influencia de las experiencias adversas de la infancia en las últimas etapas de la adultez, pero no en el período de adultez emergente, una nueva concepción del desarrollo para el período que engloba las edades comprendidas entre los 18 y 25 años (Arnett 2000). Y precisamente en este período emergente de la edad adulta es donde se produce un aumento en la implicación de actividades ilegales (Stolzenberg y D'Alessio 2008). Además, debido a que se analiza un período de edad muy específico, este estudio no presenta los sesgos de los diseños retrospectivos, en los que pueden aparecer algunas dificultades para recordar los eventos negativos. De hecho, las personas mayores reportan menos ACE (Dube et al. 2003). Finalmente, esta investigación suele estar focalizada en poblaciones de habla inglesa y, por tanto, estudiar las experiencias adversas durante la infancia en poblaciones españolas sería necesario, especialmente si se tienen en cuenta, como Cronholm et al. (2015) indicaron, que algunas ACE podrían tener un impacto diferencial en diferentes grupos demográficos, que a menudo no se tienen en cuenta por la mayoría de los estudios, como, por ejemplo, los afroamericanos, los hispanos o los asiáticos. Así pues, vale la pena analizar los matices o invariantes culturales en la adversidad infantil.

Por lo tanto, el propósito del presente estudio es explorar el efecto global y diferencial de las experiencias adversas durante la infancia en la adopción de estrategias de riesgo (conductas antisociales) y en la posible falta de estrategias positivas (conductas altruistas), en una población española durante el periodo de adultez emergente. Asimismo, se plantea la hipótesis de que el hecho de haber vivido más ACE durante la infancia aumentará la aparición de conductas antisociales y la disminución de conductas altruistas durante la adultez emergente. Además, se espera encontrar una contribución diferencial de los subtipos de ACE en la adopción de ambas estrategias conductuales.

Método

Participantes

La muestra total del estudio estuvo compuesta por 490 jóvenes de los cuales el 37,6 % eran hombres y el 62,4 %, mujeres. Las edades oscilaron entre 18 y 20 años, con una media de 18,90 años (DT=0,77). Solo una pequeña parte de la muestra pertenecía a una minoría étnica (7,3 %), el resto era de origen español. En cuanto al nivel de escolaridad de los participantes, el 4,3 % había estudiado entre 8 y 10 años escolares,

el 42,7% entre 11 y 12 años y el 53 % había completado entre 12 y 14 años académicos.

Instrumento

El cuestionario *Adverse Childhood Experiences (ACE)* (Felitti et al. 1998; traducido al español por los autores de este estudio) evalúa las experiencias adversas que ha experimentado una persona durante la infancia o la adolescencia. Las preguntas hacen referencia a tres áreas generales: abuso, negligencia y disfunción del hogar durante los primeros 18 años de vida. Así, se evaluaron las siguientes diez experiencias adversas: abuso sexual (4 ítems), físico (4 ítems) y emocional (3 ítems); negligencia física (5 ítems) y emocional (3 ítems); vivir en un hogar con violencia doméstica (3 ítems), divorcio de los padres (1 ítem), abuso de sustancias en el hogar (2 ítems), enfermedad mental en el hogar (2 ítems) y encarcelamiento de un miembro del hogar (1 ítem). Para las áreas de abuso emocional y físico, negligencia y violencia doméstica, la frecuencia con la que la persona las ha experimentado se mide de 0=Nunca a 4=Demasiado a menudo. Para el resto de las experiencias, la clasificación es *Sí* o *No*. Cada experiencia adversa (dimensión ACE) fue dicotomizada de acuerdo con las instrucciones del autor original (Felitti et al. 1998); si el sujeto obtenía una o más puntuaciones de uno o más ítems como *a menudo* o *muy a menudo*, se consideraba que la categoría estaba presente; de lo contrario, se consideraba ausente. Se estimó que las personas que presentaban información incompleta sobre un ACE no habían tenido esa experiencia (N=8; 1,6 %).

La *Deviant Behavior Scale (DVB)*, de Sanches, Gouveia-Pereira, Marôco, Gomes y Roncon (2016), es una escala que incluye comportamientos ilegales pero también comportamientos que no son ilegales como, por ejemplo, mentir a adultos o faltar a la escuela sin el consentimiento de los padres. La escala contiene 19 ítems, que se responden de forma dicotómica (No/Sí) en función de si los participantes han llevado a cabo alguno de los 19 comportamientos que aparecen durante el año anterior (DBV 12 meses). La puntuación total de las conductas antisociales realizadas se obtiene mediante la suma de las respuestas positivas. Además, se les pidió a los participantes que, del total de las 19 conductas antisociales, escribieran el número total de ellas que habían realizado durante toda su vida (DBV a lo largo de la vida).

La *Altruistic Scale (A.A.S)* (Loureiro y Lima 2009) se compone de 12 ítems, organizados en tres subescalas o componentes de las actitudes: cognición (4 ítems), afecto (4 ítems) y comportamiento (4 ítems). Para la evaluación de la dimensión cognitiva, se pide a los participantes que indiquen su nivel de acuerdo con una serie de afirmaciones (por ejemplo, «Creo que, en este mundo, todo lo que tienes que hacer es cuidarte a ti mismo»). El componente afectivo se compone de cuestiones en las cuales se le pide al sujeto que indique cómo se sentiría si se llevaran a cabo las acciones descritas (por ejemplo, «Cuidar de alguien, sin esperar una recompensa»). En el componente conductual, se le pregunta al sujeto acerca de un conjunto de comportamientos (por ejemplo, «Renunciar a su asiento en una cola para alguien que lo necesita»). Todas las subescalas se responden en una escala de cinco puntos (donde 1 corresponde a *totalmente en desacuerdo* y 5 a *totalmente de acuerdo*).

Procedimiento

Los datos recogidos forman parte del estudio internacional sobre el comportamiento pro/antisocial en jóvenes (*SOCIALDEVIANCE1820 Research Project*), que tiene como objetivo explorar los factores relacionados con el ajuste psicosocial y el

comportamiento prosocial y antisocial durante la primera etapa de la vida adulta. Los datos se recogieron en diferentes contextos (universidades, escuelas técnicas, centros de educación de adultos y centros de ocio), tras obtener el consentimiento del Comité de Ética de la universidad y de los participantes. Todos los participantes colaboraron de forma voluntaria y tenían derecho a concursar en un sorteo de vales. Se les informó que el cuestionario era anónimo y que los datos eran estrictamente confidenciales.

Análisis de datos

En cuanto a los análisis realizados, se llevaron a cabo una serie de regresiones lineales para determinar si el total y los diferentes componentes de la ACE eran predictores de comportamientos antisociales y altruistas.

Resultados

Como se observa en la tabla 1, en el caso de la conducta antisocial, el sexo y la puntuación de la ACE total aparecieron como las dos variables significativas, explicando el 15,8 % de la varianza. Esto indica que el hecho de ser hombre y haber vivido más situaciones adversas en la infancia predicen la aparición de conductas antisociales. Por otro lado, con lo que respecta al altruismo, el sexo fue la única variable con un valor predictor significativo. Este modelo explicó el 5,5 % de la varianza total e indicaba que las mujeres manifiestan de por sí más conductas altruistas que los hombres.

Tabla 1
Regresión lineal del ACE Total

	Conducta antisocial				Conducta altruista				
	<i>B</i>	DT	<i>t</i>	<i>p</i>	<i>B</i>	DT	<i>t</i>	<i>p</i>	
Mujer (1)	-0,14	0,02	-9,36	0,000*	Mujer (1)	0,23	0,04	5,37	0,000*
Edad	-0,01	0,01	-1,09	0,274	Edad	0,02	0,03	0,80	0,424
ACE Total	0,01	0,01	2,44	0,015*	ACE Total	-0,02	0,01	-1,40	0,164

*N=490; Nagelkerke R2 adjusted=0,158; *p<0,05 N=490; Nagelkerke R2 adjusted=0,055; *p<0,05*

Al analizar la regresión lineal de los diferentes componentes de las ACE, se observó lo siguiente (véase la tabla 2). En el caso de la conducta antisocial, el sexo y el abuso físico fueron las dos variables que predecían los comportamientos antisociales. Esto significa que el hecho de ser hombre y haber sufrido abuso físico durante la infancia está significativamente relacionado con la probabilidad de conducta antisocial durante el último año ($\eta^2=0,16$). Por otro lado, en el caso del altruismo, fueron el sexo y la negligencia emocional las variables que explicaron el 6,4 % de la varianza total. De esta manera, el hecho de ser mujer y no haber sufrido negligencia emocional en la infancia aumenta el nivel de altruismo.

Tabla 2
Regresión lineal con cada categoría del ACE

	Conducta antisocial				Conducta altruista			
	B	DT	t	p	B	DT	t	p
Mujer (1)	-0,14	0,02	-9,28	0,000*	0,23	0,04	5,28	0,000*
Edad	-0,01	0,01	-1,09	0,278	0,02	0,03	0,71	0,481
Abuso emocional	-0,01	0,02	-0,39	0,695	-0,02	0,06	-0,32	0,751
Abuso físico	0,04	0,02	2,17	0,030*	-0,07	0,05	-1,43	0,152
Abuso sexual	0,01	0,01	0,98	0,327	0,01	0,03	0,17	0,868
Negligencia emocional	0,01	0,01	1,67	0,096	-0,01	0,01	-2,24	0,026*
Negligencia física	0,01	0,01	0,26	0,797	-0,01	0,01	-0,07	0,948
Divorcio de los padres	0,01	0,02	0,78	0,436	-0,03	0,05	-0,63	0,526
Violencia doméstica	-0,02	0,01	-1,14	0,255	0,06	0,04	1,46	0,144
Abuso de sustancias en el hogar	0,01	0,02	0,63	0,529	-0,02	0,05	-0,41	0,684
Enfermedad mental o suicidio	-0,02	0,01	-1,13	0,259	0,02	0,04	0,53	0,595
Encarcelamiento de algún familiar	0,03	0,04	0,75	0,453	0,05	0,11	0,43	0,668

*N=490; R2 adjusted=0,166; *p<0,05*

*N=490; R2 adjusted=0,064; *p<0,05*

Discusión y conclusión

Este estudio se realizó para evaluar el efecto global y diferencial de las experiencias adversas vividas en la infancia en el comportamiento social en una muestra española durante el periodo de adultez emergente. La primera hipótesis indicaba que el hecho de haber vivenciado ACE durante la infancia aumentaría la probabilidad de aparición de conductas antisociales y la ausencia de conductas altruistas. Esta hipótesis sobre el impacto acumulativo de las ACE se cumplió parcialmente. En primer lugar, haber vivido ACE durante la infancia fue un buen predictor del comportamiento antisocial, apoyando estudios previos (Basto-Pereira, Miranda, Ribeiro y Maia 2016; Craig 2019; Dierkhising et al. 2013). Por otro lado, si nos centramos solo en el impacto acumulativo de las ACE, el hecho de vivir experiencias adversas en la infancia no era predictivo de las conductas altruistas, como si la experiencia global de situaciones adversas no estuviera relacionada con la ausencia de acciones altruistas en el beneficio de los demás.

En cuanto a la segunda hipótesis, esta hacía referencia a que habría un efecto diferencial de las ACE en la adopción de conductas antisociales y altruistas. Los resultados que se hallaron fueron consistentes con esta premisa, mostrando que el abuso físico era el principal predictor de conductas antisociales. Aparte de eso, la negligencia emocional fue el único ACE diferencial que predijo la ausencia de altruismo.

Por lo tanto, parece que hay un efecto diferencial dependiendo del tipo de experiencia adversa vivida. De acuerdo con estudios anteriores (Basto-Pereira, Miranda, Ribeiro y Maia 2016; Braga, Cunha y Maia 2018; Maas, Herrenkohl y Sousa 2008), nuestros datos indican que el abuso físico aparecía como el predictor más consistente de conductas antisociales. De hecho, los niños maltratados físicamente tienen más problemas de exteriorización en la infancia en comparación con los niños desatendidos, incluyendo un mayor nivel de agresión hacia los adultos y otros niños (Hildyard y Wolfe 2002; Hoffman-Plotkin y Twentyman 1984; Kaufman y Cicchetti 1989). Estos resultados podrían deberse a mecanismos de aprendizaje como el modelaje y el refuerzo diferencial. Los niños que han sido víctimas de la violencia imitarían este comportamiento (Akers 2009; Braga, Gonçalves, Cunha, Basto-Pereira y Maia 2017). En consecuencia, es lógico pensar, desde el punto de vista del desarrollo, que los niños que han experimentado abuso físico y, como consecuencia, presentan problemas de externalización en la niñez (Hildyard y Wolfe 2002; Margolin y Gordis 2000) continúan adoptando el mismo tipo de estrategias de afrontamiento/riesgo en la edad adultez emergente traducidas en conductas antisociales.

En cuanto al poder predictivo diferencial de la negligencia emocional sobre el comportamiento altruista, también es intuitivo asumir que aquellos niños que nunca han sido amados por personas significativas, ni se han sentido especiales o importantes dentro de un contexto protector, tampoco han aprendido la habilidad de amar o preocuparse por los demás. En este sentido, según la teoría cognitiva integradora mencionada anteriormente, la exposición a situaciones adversas durante la infancia o la adolescencia puede debilitar el vínculo social que debe establecerse en condiciones normales (Farrington 2017; Sampson y Laub 2003). En la misma línea, algunos autores también consideran estas experiencias de negligencia como una amenaza para el desarrollo integral del menor (Toth, Cicchetti, Macfie y Emde 1997). Consecuentemente, los niños desatendidos presentan más retraimiento social e interacciones limitadas con sus compañeros, así como más problemas de interiorización que los niños maltratados físicamente (Hildyard y Wolfe 2002; Hoffman-Plotkin y Twentyman 1984; Trickett y McBride-Chang 1995).

Así pues, a modo de resumen, podemos asumir que las experiencias adversas vividas durante la infancia producen déficits socioemocionales y cognitivos. En el abuso físico, la construcción de un esquema mental hostil (comportamiento antisocial) parece ser el factor clave. En cambio, en aquellos niños cuyas necesidades han sido sistemáticamente ignoradas, la ausencia de un esquema mental sobre las necesidades de los demás se convierte en el punto central.

Por consiguiente, los resultados de este estudio apoyan la implementación de estrategias de prevención secundaria y terciaria (Felitti et al. 1998), debido a que en el período de edad elegido en este estudio (adultez emergente) aún es posible prevenir la adopción de conductas antisociales como mecanismos crónicos de afrontamiento. Para aquellos que ya utilizan estos mecanismos inadaptativos, ayudar a promover el cambio podría servir como prevención terciaria. En ambos casos, un trabajo en red y la formación especializada de todos los agentes implicados en la detección de ACE y conductas antisociales (centros escolares, centros de salud pública, sistema de justicia juvenil) serían de gran utilidad. Asimismo, implementar estrategias para que los niños

desatendidos puedan desarrollar habilidades como la empatía o la comprensión de las emociones de los demás sería muy útil para promover los comportamientos altruistas de los niños que no han aprendido a hacerlo antes en la vida.

Referencias bibliográficas

- Akers, Ronald L. 2009. *Social learning and social structure: A general theory of crime and deviance*. New Brunswick, NJ: Transaction Publishers
- Arnett, Jeffrey Jensen. 2000. «Emerging adulthood: A theory of development from the late teens through the twenties». *American Psychologist*, 55(5): 469-480.
- Baglivio, Michael T., Nathan Epps, Kimberly Swartz, Mona Huq, Amy Sheer y Nanct Hardt. 2014. «The prevalence of adverse childhood experiences (ACE) in the lives of juvenile offenders». *Journal of Juvenile Justice*, 3(2): 1-17.
- Basto-Pereira, Miguel, Ana Miranda, Sofia Ribeiro y Ângela Maia. 2016. «Growing up with adversity: From juvenile justice involvement to criminal persistence and psychosocial problems in young adulthood». *Child Abuse & Neglect*, 62: 63-75.
- Bellis, Mark. A., Helen Lowey, Nicola Leckenby y Karen Hughes. 2014. «Adverse childhood experiences: Retrospective study to determine their impact on adult health behaviours and health outcomes in a UK population». *Journal of Public Health*, 36(1): 81-91. <https://doi.org/10.1093/pubmed/fdt038>
- Braga, Teresa, Olga Cunha y Ângela Maia. 2018. «The enduring effect of maltreatment on antisocial behavior: a meta-analysis of longitudinal studies». *Aggression and Violent Behavior*, 40: 91-100.
- Braga, Teresa, Leonel Gonçalves, Olga Cunha, Miguel Basto-Pereira y Ângela Maia. 2017. «Unraveling the link between maltreatment and juvenile antisocial behavior: a meta-analysis of prospective longitudinal studies». *Aggression and Violent Behavior*, 33: 37-50. <https://doi.org/10.1016/j.avb.2017.01.006>
- Craig, Jessica M. 2019. «Do Adverse Childhood Experiences influence the desistance process?» *Deviant Behavior*: 1-22. <https://doi.org/10.1080/01639625.2019.1594294>
- Cronholm, Peter F., Christine Forke Young, Roy Wade, Megan H. Bair-Merritt, Marta Davis, Mary Harkins-Schwarz y Joel A. Fein. 2015. «Adverse Childhood Experiences: Expanding the concept of adversity». *American Journal of Preventive Medicine*, 49(3): 354-361. <https://doi.org/10.1016/j.amepre.2015.02.001>
- Dierkhising, Carly B., Susan J. Ko, Briana Woods-Jaeger, Ernestine C. Briggs, Robert Lee y Robert S. Pynoos. 2013. «Trauma histories among justice-involved youth: Findings from the National Child Traumatic Stress Network». *European Journal of Psychotraumatology*, 4(1): 20274. <https://doi.org/10.3402/ejpt.v4i0.20274>
- Dong, Maxia, Robert F. Anda, Vincent J. Felitti, Shanta R. Dube, David F. Williamson, Theodore J. Thompson y Wayne H. Giles. 2004. «The interrelatedness of multiple forms of childhood abuse, neglect, and household dysfunction». *Child Abuse & Neglect*, 28(7): 771-784. [10.1016/j.chiabu.2004.01.008](https://doi.org/10.1016/j.chiabu.2004.01.008)
- Dube, Shanta R., Vincent J. Felitti, Maxia Dong, Daniel P. Chapman, Wayne H. Giles y Robert F. Anda. 2003. «Childhood abuse, neglect, and household dysfunction and the risk of illicit drug use: the adverse childhood experiences study». *Pediatrics*, 111(3): 564-572.
- Eisenberg, Nancy. 2014. *Altruistic emotion, cognition, and behavior (PLE: Emotion)*. London: Psychology Press.
- Farrington, David P. (Ed.). 2017. *Integrated developmental and life-course theories of offending*. London: Routledge.
- Felitti, Vincent J., Robert F. Anda, Dale Nordenberg, David F. Williamson, Alison M. Spitz, Valerie Edwards y James S. Marks. 1998. «Relationship of childhood

- abuse and household dysfunction to many of the leading causes of death in adults: The Adverse Childhood Experiences (ACE) Study». *American Journal of Preventive Medicine*, 14(4): 245-258. [https://doi.org/10.1016/S0749-3797\(98\)00017-8](https://doi.org/10.1016/S0749-3797(98)00017-8)
- Fox, Bryana Hanh., Nicolas Perez, Elizabeth Cass, Michael T. Baglivio y Nathan Epps. 2015. «Trauma changes everything: Examining the relationship between adverse childhood experiences and serious, violent and chronic juvenile offenders». *Child Abuse & Neglect*, 46: 163-173. <https://doi.org/10.1016/j.chiabu.2015.01.011>
- Hildyard, Kathryn L. y David A. Wolfe. 2002. «Child neglect: developmental issues and outcomes». *Child Abuse & Neglect*, 26(6-7): 679-695.
- Hoffman-Plotkin, Debbie y Craig T. Twentyman. 1984. «A multimodal assessment of behavioral and cognitive deficits in abused and neglected preschoolers». *Child Development*, 55(3): 794-802.
- Hughes, Karen, Mark A. Bellis, Katherine A. Hardcastle, Dinesh Sethi, Alexander Butchart, Christopher Mikton y Michael P. Dunne. 2017. «The effect of multiple adverse childhood experiences on health: a systematic review and meta-analysis». *The Lancet Public Health*, 2(8): e356-e366. [https://doi.org/10.1016/S2468-2667\(17\)30118-4](https://doi.org/10.1016/S2468-2667(17)30118-4)
- Kaufman, Joan y Dante Cicchetti. 1989. «Effects of maltreatment on school-age children's socioemotional development: Assessments in a day-camp setting». *Developmental Psychology*, 25(4): 516-524.
- Kazdin, Alan E. 1992. «Overt and covert antisocial behavior: Child and family characteristics among psychiatric inpatient children». *Journal of Child and Family Studies*, 1(1): 3-20. <http://dx.doi.org/10.1007/BF01321339>
- Kerker, Bonnie D., Jingjing Zhang, Erum Nadeem, Ruth E. Stein, Michael S. Hurlburt, Amy Heneghan, John Landsverk y Sarah M. McCue Horwitz. 2015. «Adverse childhood experiences and mental health, chronic medical conditions, and development in young children». *Academic Pediatrics*, 15(5): 510-517. <https://doi.org/10.1016/j.acap.2015.05.005>
- Loureiro, Ana y María Luísa Lima. 2009. «Escala de atitudes altruístas: Estudo de validação e fiabilidade». *Laboratório de Psicologia*, 7: 73-83.
- Maas, Carl, Todd Herrenkohl y Cynthia Sousa. 2008. «Review of research on child maltreatment and violence in youth». *Trauma, Violence & Abuse*, 9: 56-67. <http://dx.doi.org/10.1177/1524838007311105>
- Margolin, Gayla y Elana B. Gordis. 2000. «The effects of family and community violence on children». *Annual Review of Psychology*, 51: 445-479. <https://doi.org/10.1146/annurev.psych.51.1.445>
- Mrazek, Patricia J. y David A. Mrazek. 1987. «Resilience in child maltreatment victims: A conceptual exploration». *Child Abuse & Neglect*, 11(3): 357-366.
- Murphy, Anne, Miriam Steele, Robert Dube, Jordan Bate, Paul Meissner, Hannah Goldman y Howard Steele. 2014. «Adverse childhood experiences (ACEs) questionnaire and adult attachment interview (AAI): Implications for parent child relationships». *Child Abuse & Neglect*, 38(2): 224-233. <https://doi.org/10.1016/j.chiabu.2013.09.004>
- Music, Graham. 2011. «Trauma, helpfulness and selfishness: the effect of abuse and neglect on altruistic, moral, and pro-social capacities». *Journal of Child Psychotherapy*, 37: 113-128. [10.1080/0075417X.2011.581466](https://doi.org/10.1080/0075417X.2011.581466)
- Piliavin, Jane Allyn., John F. Dovidio, Samuel L. Gaertner y Robert D. Clark. 1981. *Emergency Intervention*. New York, NY: Academic Press.
- Piquero, Nicole Leeper y Miriam D. Sealock. 2000. «Generalizing general strain theory: An examination of an offending population». *Justice Quarterly*, 17(3): 449-484. <https://doi.org/10.1080/07418820000094631>

- Sampson, Robert y John Laub. 2003. «Life-Course Desisters? Trajectories of crime Among delinquent boys followed to age 70». *Criminology*, 41(3): 555-592. <https://doi.org/10.1111/j.1745-9125.2003.tb00997.x>
- Sanches, Cristina, Maria Gouveia-Pereira, João Marôco, Hugo Gomes y Filipa Roncon. 2016. «Deviant behavior variety scale: development and validation with a sample of Portuguese adolescents». *Psicologia: Reflexão e Crítica*, 29(1): 31-42. <https://doi.org/10.1186/s41155-016-0035-7>
- Stolzenberg, Lisa y Stewart J. D'Alessio. 2008. «Co-offending and the age-crime curve». *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 45(1): 65-86. <https://doi.org/10.1177/0022427807309441>
- Thompson, Richard, Emalee G. Flaherty, Diana J. English, Alan J. Litrownik, Howard Dubowitz, Jonathan B. Kotch y Desmond K. Runyan. 2015. «Trajectories of adverse childhood experiences and self-reported health at age 18». *Academic Pediatrics*, 15(5): 503-509.
- Toth, Sheree L., Dante Cicchetti, Jenny Macfie y Robert N. Emde. 1997. «Representations of self and other in the narratives of neglected, physically abused, and sexually abused preschoolers». *Development and Psychopathology*, 9: 781-796.
- Trickett, Penelope K. y Catherine McBride-Chang. 1995. «The developmental impact of different forms of child abuse and neglect». *Developmental Review*, 15(3): 311-337.
- Widom, Cathy Spatz y Michael G. Maxfield. 1996. «A prospective examination of risk for violence among abused and neglected children». *Annals of the New York Academy of Sciences*, 794(1): 224-237. <https://doi.org/10.1111/j.1749-6632.1996.tb32523.x>